

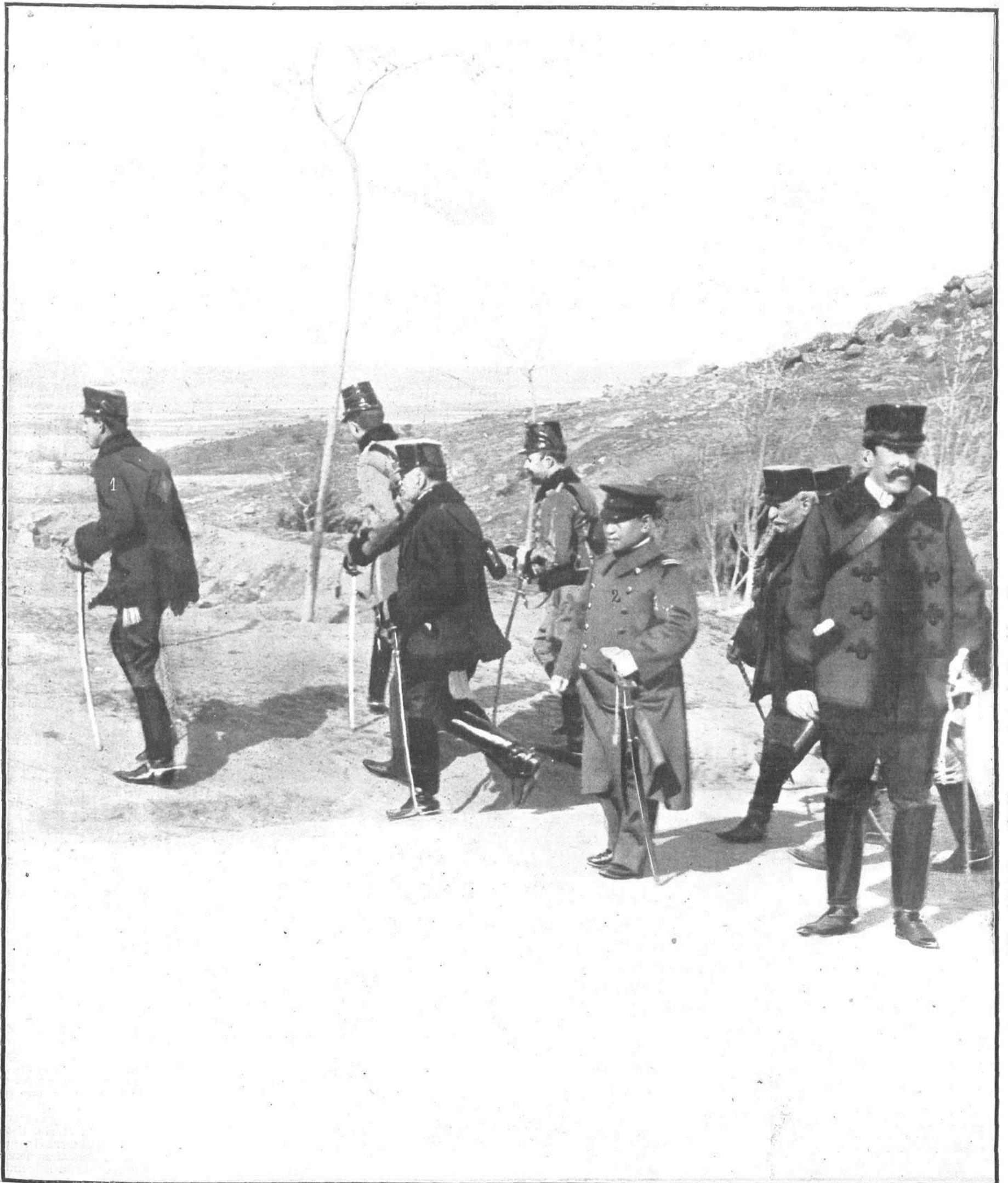
ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 5

MADRID 19 DE MARZO DE 1908

AÑO 1



MANIOBRAS MILITARES EN TOLEDO

Foto Cifuentes

S. M. EL REY (1) Y EL PRÍNCIPE JAPONÉS KUNI (2), EN EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES, PRESENCIANDO UN SIMULACRO DE GUERRA
POR LOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA DE INFANTERÍA.



EL INTERIOR DEL NUEVO TEMPLO DURANTE LA SOLEMNIDAD INAUGURAL

INAUGURACION DE UNA IGLESIA EN CIEMPOZUELOS

Día de júbilo fué el miércoles de la semana pasada para el cercano pueblo de Ciempozuelos, donde se celebró solemnemente la inauguración de una magnífica iglesia.

El nuevo templo, cuya construcción se debe á las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, está destinado al servicio del manicomio de mujeres que las mencionadas religiosas tienen á su cargo, y es una de las más bellas iglesias entre las construídas en España en los últimos años. Su sencillez y su modestia no disminuyen la elegancia del estilo gótico á que obedece su arquitectura, y la traza es digna de las mayores alabanzas.

Es autor de los planos y ha dirigido la edificación el ilustrado arquitecto D. Francisco Aldama, que el día de la fiesta inaugural oyó muchas y muy sinceras enhoras buenas por su excelente trabajo.

La nueva iglesia consta de una planta con dos coros laterales, uno de éstos para las alienadas del establecimiento y otro para las religiosas que las cuidan.

El altar mayor, cuyas severas líneas obedecen al mismo criterio que ha informado los planos del edificio todo, es una obra artística.

La construcción comenzó hace dos años, y si bien falta por terminar la torre, puede considerarse concluída, como lo demuestra el hecho de haberse celebrado la inauguración.

Se han invertido en construir la iglesia 200.000 pesetas, cantidad que no resulta excesiva,



EL SEÑOR OBISPO DE MADRID-ALCALÁ (1) Y EL P. BENITO MARÍN (2) EN LA IGLESIA RECIÉN INAUGURADA

Fots. Cifuentes

ni mucho menos, dada la importancia del edificio, del cual pueden ufanarse á justo título el pueblo de Ciempozuelos y más especialmente las Hermanas Hospitalarias.

El acto inaugural fué solemnisimo. A darle más realce contribuyeron con su presencia el señor obispo de Madrid-Alcalá y numerosas y distinguidas damas que de esta corte fueron. En la función religiosa ofició de pontifical el prelado de la diócesis, y pronunció un notable sermón el canónigo Sr. Bartsurto.

El señor obispo dió al final de la misa la bendición papal, especialmente autorizado por Su Santidad Pío X.

La parte musical de la ceremonia, que fué verdaderamente notable, estuvo á cargo del coro de la comunidad, que la interpretó de un modo admirable. Por ello, como por la terminación del templo, oyeron muchos plácemes las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y su virtuoso é infatigable fundador el P. Marín.

En la información fotográfica que obtuvimos de la solemnidad y que aparece reproducida en esta página, se ve el interior del templo durante el acto inaugural y un interesante grupo, en el cual figuran el prelado de la diócesis y el mencionado P. Marín. Esta última fotografía fué hecha inmediatamente después de la solemnidad religiosa y en una capilla de la iglesia, que durante todo el día fué visitadísima por el vecindario de Ciempozuelos.

Hondamente conmovió a la opinión el crimen cometido el 7 de Mayo del año último por el cobrador del tranvía Máximo Vidal, cuyo proceso acaba de verse en la Sección primera de la Audiencia de esta Corte.

El hecho de autos revela una ferocidad extraordinaria y una premeditación espantosa. El criminal, aprovechando los momentos en que se encontraba solo el anciano Juan García, guarda de noche de las oficinas del tranvía en Carabanchel, le agredió, sin que mediara lucha ni discusión alguna, con un hacha primero y con un cuchillo después, hasta dejarle muerto.

El crimen se descubrió al día siguiente, y el descubrimiento del criminal fué debido a la perspicacia de uno de los médicos de la Compañía, que al examinar a los empleados notó manchas de sangre en las manos de Máximo y estrechándole a preguntas se logró que confesase ser autor del asesinato, aun cuando en un principio había negado tenazmente que tuviera la menor participación en él.

En la vista del proceso trató de explicar su crimen afirmando que habiendo ido a hacer un rato de compañía al guarda del cochecito de Carabanchel, a quien convidó con un frasco de vino, surgió una disputa porque el Sr. Juan, que así era llamado el víctima entre los empleados del tranvía, acusaba a Máximo de cometer irregularidades en las cuentas de recaudación. Añadió que con este motivo el guarda le agarró por las solapas del capote y le zarandeó, diciéndole que a él nadie le desmentía, y que al verse ultrajado cogió un hacha, y sin ánimo de hacerle mucho daño le



MADRID. MÁXIMO VIDAL ENTRANDO EN LA AUDIENCIA EL SÁBADO ÚLTIMO, DÍA EN QUE FUÉ LEÍDA SU SENTENCIA DE MUERTE

dió un golpe, y luego tomó las llaves que el señor Juan tenía encima de la alhacena, donde el procesado guardaba sus efectos.

El fiscal hizo leer las declaraciones del sumario, en las que el procesado afirmó que intentaba robar; pero Máximo lo negó en redondo en la vista.

Las pruebas pericial y testifical han puesto en claro el suceso, y Máximo Vidal, contra quien el Jurado pronunció veredicto de culpabilidad, reconociendo todas las agravantes señaladas por el fiscal y desestimando las atenuantes que alegaba el letrado defensor, fué condenado a muerte por el Tribunal que presidía el magistrado Sr. Rubio.

El veredicto del Jurado se leyó el viernes, y al otro día la sentencia de muerte.

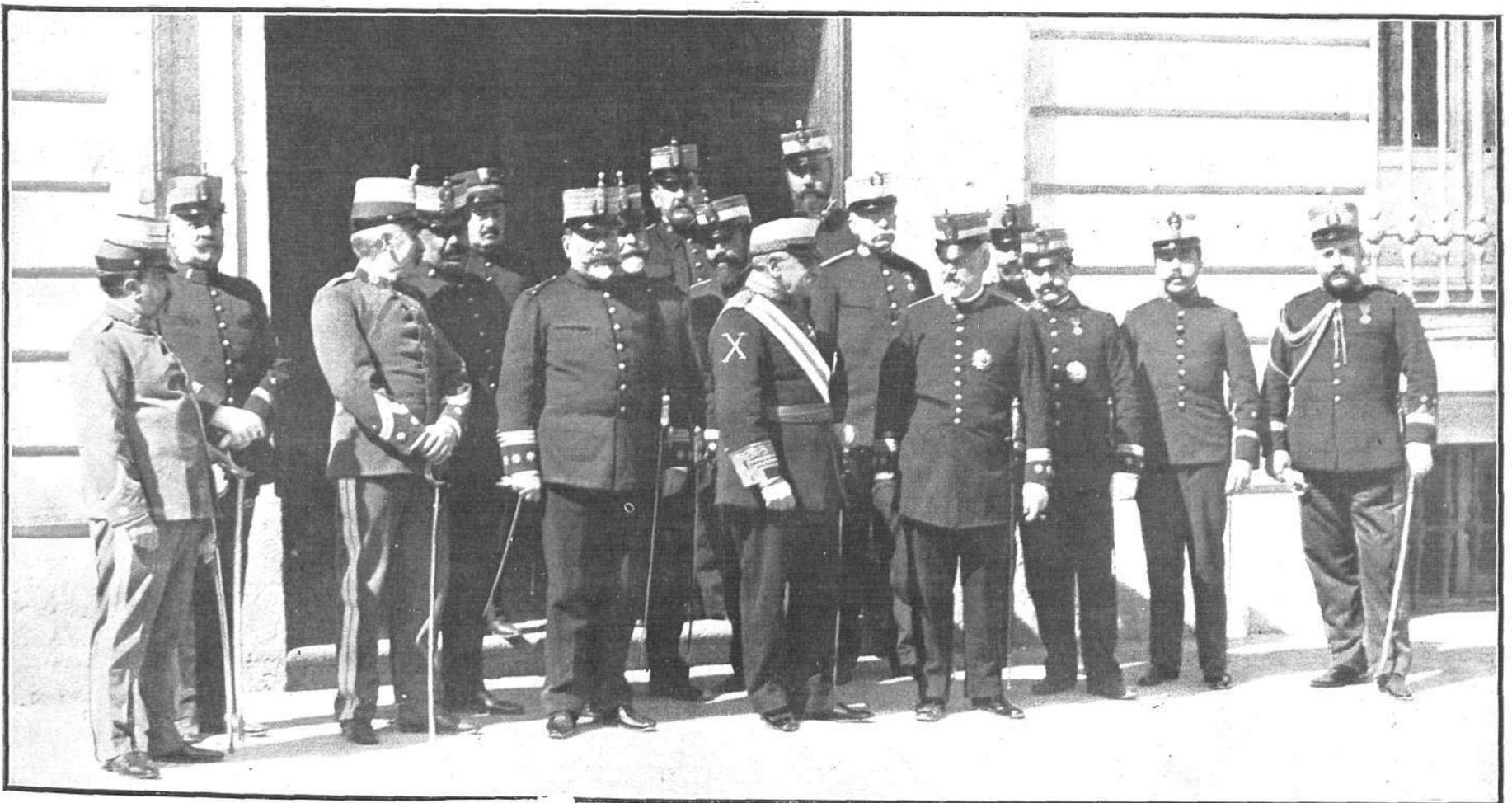
Esta, de acuerdo en un todo con la petición del representante de la Ley, estima las circunstancias agravantes de nocturnidad, abuso de confianza y desprecio a la edad, Máximo Vidal la oyó con calma imperturbable.

El sábado último juró el cargo de fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina, para el que acaba de ser nombrado el general de división D. Gonzalo Fernández de Terán y Pozas.

Este ilustrado militar, que ha desempeñado con singular acierto la inspección de las Comisiones liquidadoras del Ejército y otros cargos importantes, a más de los mandos de su carrera, nació el año 1844, y tiene, por consiguiente, 64 de edad; goza entre el elemento militar merecida reputación de hombre de gran cultura y exactísimo cumplidor de sus deberes, y reúne, en una palabra, aptitudes indiscutibles para el puesto que ya ocupa.

EL PROCESO DEL CRIMEN DE CARABANCHEL

LA FISCALÍA DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA Y MARINA



MADRID. EL NUEVO FISCAL DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA Y MARINA, D. GONZALO FERNÁNDEZ DE TERÁN Y POZAS, CON LOS JEFES Y OFICIALES DE LA FISCALÍA

Fots. Alba



LA INAUGURACIÓN DEL ASILO. LA MARQUESA DE COMILLAS (x) Y LAS DEMÁS ARISTOCRÁTICAS SEÑORAS QUE ASISTIERON AL ACTO

Inauguróse el sábado último solemnemente en Barcelona, bajo la presidencia de la marquesa de Comillas, en representación de S. M. la Reina doña María Cristina, el nuevo local del Asilo Cuna del Niño Jesús, en la casa de la calle de Moncada, 18, adquirida para tan piadosa fundación. Con la noble dama ocuparon el estrado la presidenta del Asilo, marquesa de Castellillo-rite; el canónigo doctor Vallet, en representación del cardenal doctor Casañas; el capitán general, el gobernador civil y el presidente de Sala de la Audiencia, señor Martín Cereceda.

Hubo además representantes de la Diputación provincial y del Ayuntamiento y numerosa y distinguida concurrencia.



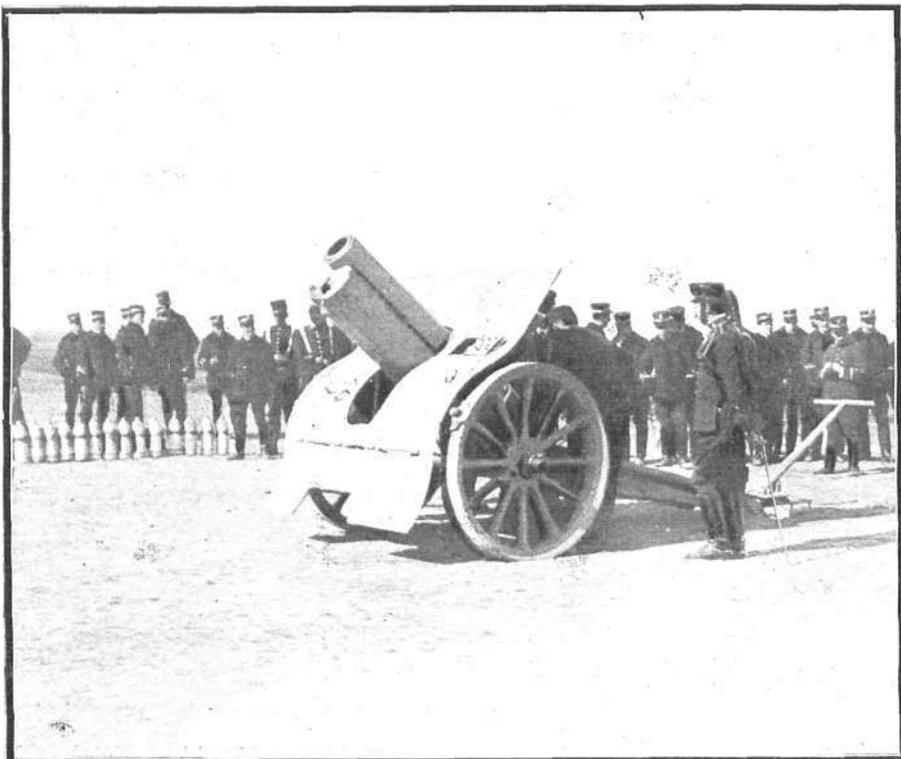
UNO DE LOS DORMITORIOS DEL ASILO CUNA

Fots. Billel

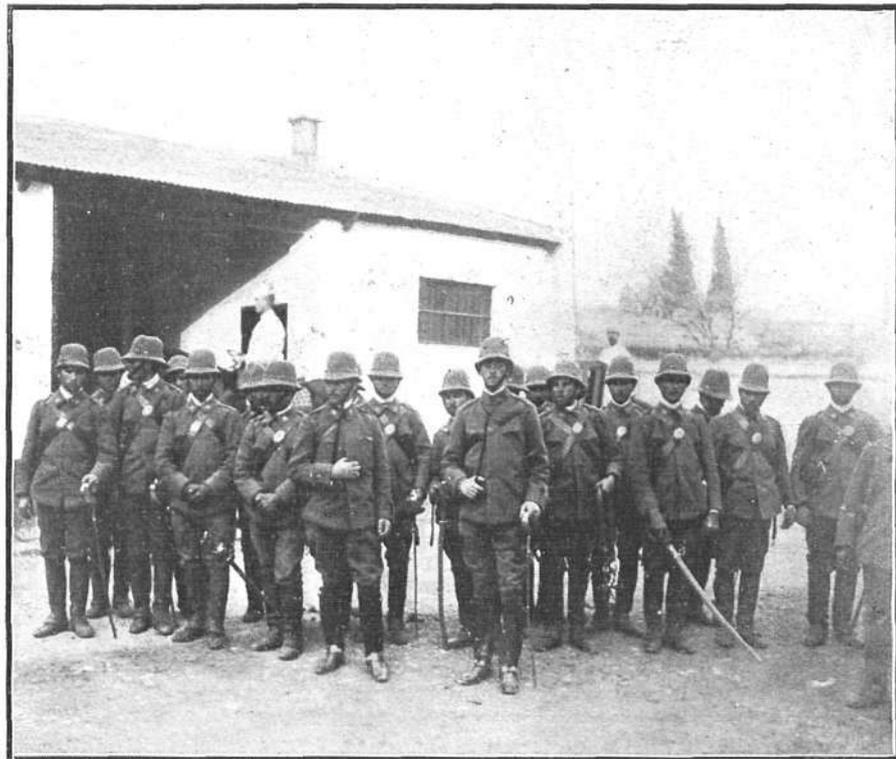
Se han verificado en Segovia con excelente éxito las pruebas de un nuevo obús de 15 centímetros, de tiro rápido, sistema Schneider, á presencia de la comisión de experiencias militares y de los jefes, oficiales y alumnos de la Academia de Artillería. Un ingeniero de la casa constructora explicó minuciosamente el mecanismo de la pieza y su funcionamiento.

En Sevilla, punto de etapa de la fuerza expedicionaria de Húsares de Pavía que continuó viaje á Jerez después de un corto descanso, ha sido revistada dicha sección por el capitán general Sr. Zuleta. Los soldados vestían el nuevo uniforme de campaña, con el que aparecen en uno de los grabados de la presente página.

BARCELONA. EL ASILO CUNA DEL NIÑO JESUS
NOVEDADES MILITARES



SEGOVIA. PRUEBAS DEL NUEVO OBÚS DE 15 CENTÍMETROS Y TIRO RÁPIDO, SISTEMA SCHNEIDER
Fot. Duque



SEVILLA. LA SECCIÓN EXPEDICIONARIA DE HÚSARES DE PAVÍA CON EL NUEVO UNIFORME
Fot. Barrera



RICARDO TORRES «BOMBITA II»
Fot. W. Ler

Para hoy está anunciada la corrida de toros á beneficio de la Asociación de la Prensa, y hace ya muchos días que están vendiéndose todas las localidades de la plaza. Compenetrado del benéfico fin de las fiestas que organiza nuestra Asociación, el público responde, como siempre, con toda generosidad. Bien es cierto que no se regatea medio para ofrecerle lo mejor. Con estas líneas insertamos fotografías de los



VICENTE PASTOR
Fot. Carrascona



MANUEL TORRES «BOMBITA III»
Fot. Beanchy



RAFAEL GONZÁLEZ «MACHAQUITO»
Fot. Molina

diestros y de los toros que han de ser lidiados en la corrida.

Del mitin y demás actos celebrados en Sevilla por los diputados republicanos que fueron de Madrid, así como de la ocupación de Cabo de Agua, en Marruecos, por las tropas españolas, ha dado la Prensa diaria extensa información. Nosotros nos limitamos á reproducir dos notas gráficas interesantes relacionadas con ambos sucesos.



SEVILLA. LOS TOROS DE MIURA, EN EL ENCERRADERO

LA CORRIDA DE TOROS DE LA ASOCIACION DE LA PRENSA



SEVILLA. APARTADO DE LOS TOROS DE PABLO ROMERO

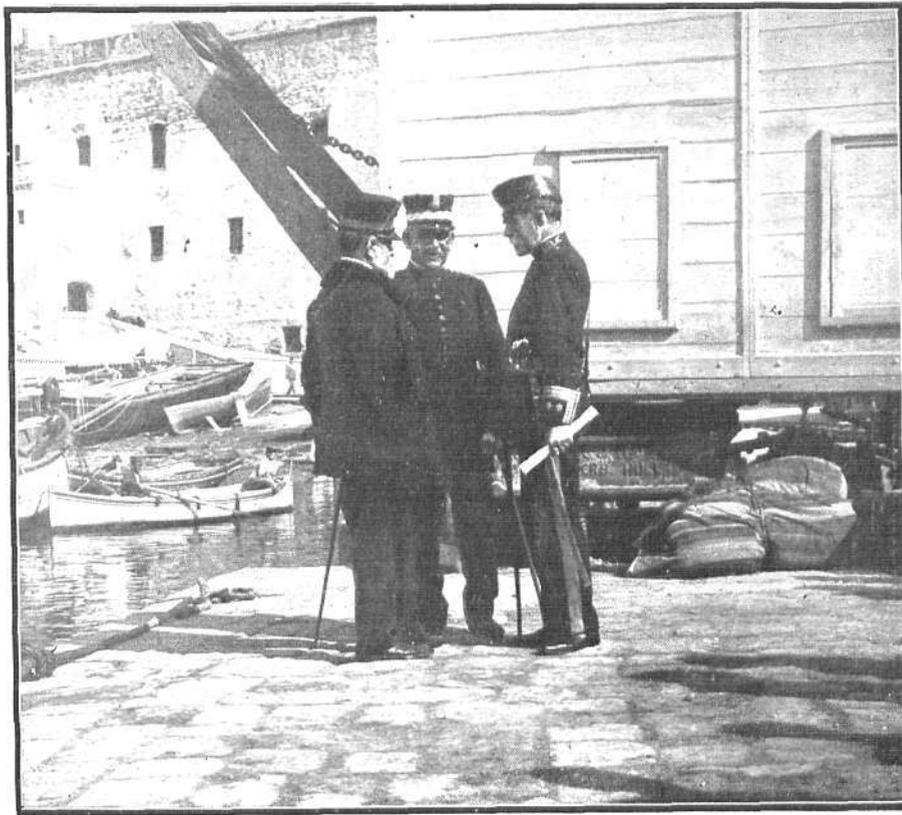
Fots. Barrera

LOS REPUBLICANOS EN SEVILLA. LA OCUPACION DE CABO DE AGUA



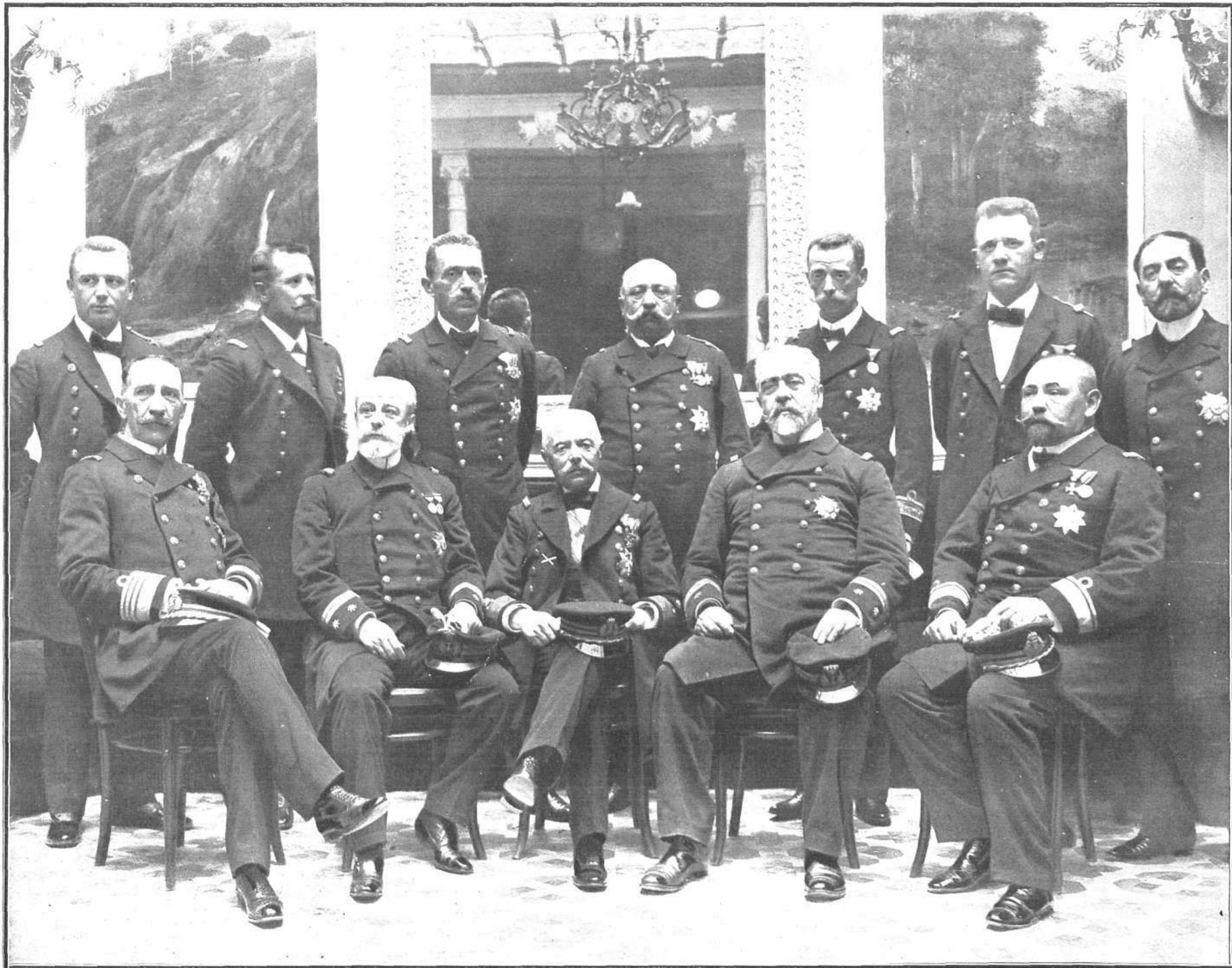
SEVILLA. LOS REPUBLICANOS OVACIONANDO Á LOS DIPUTADOS QUE FUERON DE MADRID PARA ASISTIR AL MITIN

Fot. Barrera



MELILLA. EL GENERAL MARINA DANDO INSTRUCCIONES AL JEFE DE LAS FUERZAS EXPEDICIONARIAS PARA LA OCUPACIÓN DE CABO DE AGUA

Fot. Lorduy



MADRID. EL ALMIRANTE DE LA ESCUADRA AUSTRO-HÚNGARA VON ZIEGLER (x), rodeado de los marinos de la misma flota que con él vinieron desde Barcelona, y de los españoles que les han acompañado durante su estancia en esta corte

Fot. Cifuentes

MISCELANEA DE ACTUALIDADES



ITALIA. EL INSIGNE LITERATO EDMUNDO DE AMICIS

Fot. Nilsson

No permite el insignificante espacio de que disponemos para las notas referentes a esta plana hacer otra cosa que una rápida enumeración. En esta «Miscelánea» figuran: el grupo de los marinos austro-húngaros que, invitados por S. M. el Rey, vinieron desde Barcelona con el Monarca; el eminente novelista italiano Edmundo de Amicis, cuyo fallecimiento es una inmensa pérdida para la literatura universal contemporánea,



INGLATERRA. EL PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO, LORD TWEEDMOUTH (x)

Fot. Worlds Graphic Press



MADRID. EL DUQUE DE WELLINGTON Y DE CIUDAD RODRIGO

Fot. Cifuentes

nea, el primer lord del Almirantazgo inglés, hombre del día en Europa entera, con motivo de sus declaraciones acerca de la famosa carta del emperador Guillermo, y lord Henry Wellesley, duque de Wellington, que, como duque de Ciudad Rodrigo, título que posee también por ser descendiente del famoso general inglés que combatió á nuestro lado contra los franceses, vino á Madrid para cubrirse de grande de España ante el Rey.



SOLEMNE ENTRADA EN SU DIÓCESIS DEL NUEVO PRELADO D. ANTONIO MÉNDES BELLO (x), CONducido BAJO PALIO POR EL JEFE DEL GOBIERNO SR. FERREIRA DO AMARAL, EL GRAN CHAMBELÁN DE LA CORTE, CONDE DE SABUGOSA, EL MINISTRO DE MARINA Y EL GOBERNADOR DE LISBOA

Fot. Benoit

EL NUEVO PATRIARCA DE LISBOA FALLECIMIENTO DE DOS ARISTÓCRATAS

Lisboa ha celebrado con gran pompa la toma de posesión del nuevo patriarca D. Antonio Mendes Bello, antiguo arzobispo-obispo del Algarve. Nació este prelado en 1842, hizo sus estudios en la Universidad de Coimbra, y fué nombrado arzobispo titular de Mitylene en Marzo de 1884, y obispo del Algarve en 13 de Noviembre del mismo año. Es persona de ilustración extraordinaria, parlamentario elocuente y prelado virtuosísimo.

En el desempeño del cargo de vicario general puso de relieve sus dotes de inteligencia y la rectitud de su carácter. Escritor elegante y orador de grandes recursos, son sus escritos y sus sermones demostración de su cultura intelectual y del ardor con que ejerce su elevado ministerio.

Con pocas horas de diferencia han fallecido en Madrid y en Bilbao, respectivamente, dos ilustres aristócratas: los marqueses de Aldama y de Bériz, que gozaban de solidísima fama en los centros bursátiles. Era el primero senador por Alava y consejero del Banco de España, de la Compañía Arrendataria de Tabacos y otras entidades. El segundo era naviero acaudalado y persona generalmente estimada por sus excepcionales cualidades. Descansen en paz.



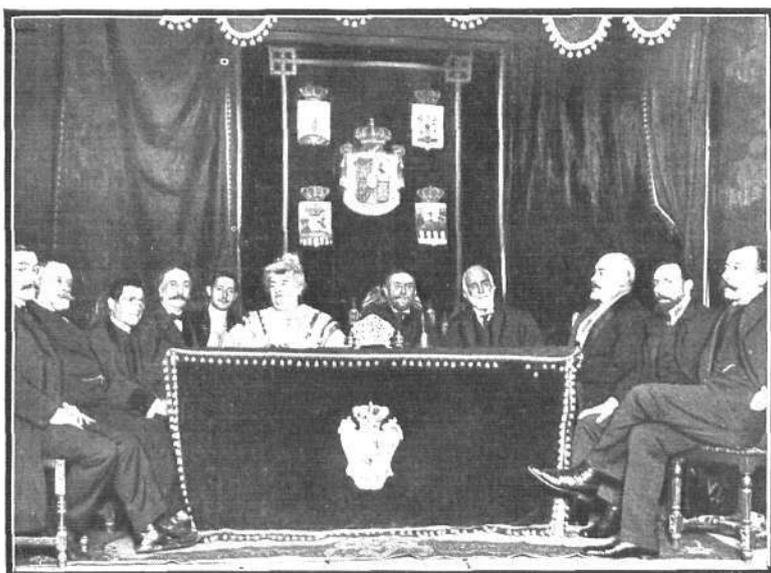
D. LUIS DE USSIA, MARQUÉS DE ALDAMA
Fot. Valentín



D. EDUARDO AZNAR, MARQUES DE BÉRIZ
Fot. Debas



DESCUBRIMIENTO DE LA LÁPIDA CONMEMORATIVA EN LA CASA DONDE NACIÓ HARTZENBUSCH. 1, EL PRESIDENTE DEL CENTRO DE HIJOS DE MADRID, SR. BETEGÓN. 2, EL ALCALDE



SOLEMNE VELADA EN HONOR DE CONCEPCIÓN ARENAL EN EL CENTRO GALLEGO. LA PRESIDENCIA

En la presente página hallarán nuestros lectores notas gráficas de cuatro acontecimientos verificados en Madrid el mismo día, el domingo último: El descubrimiento de la lápida colocada en la casa de la calle del Barco, donde vió la luz primera el insigne Hartzénbusch; la velada que el Centro Gallego celebró en honor de la ilustre Concepción Arenal; la inauguración del nuevo domicilio social de los dependientes de comercio, y la llegada del príncipe japonés, que ha sido huésped del regio Alcázar hasta hoy, día en que emprenderá el viaje de regreso.



LA ASOCIACIÓN DE DEPENDIENTES DE COMERCIO. INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOCAL

ACONTECIMIENTOS MADRILEÑOS



LLEGADA Á MADRID DEL PRÍNCIPE JAPONÉS KUNI. S. A. AL SALIR DE LA ESTACIÓN DEL NORTE, EN UN CARRUAJE DE LA REAL CASA, ACOMPAÑADO POR EL INFANTE D. FERNANDO
Fots Cifuentes



—¡Nos hemos salvado!—exclamó el marqués.—Nuestros perseguidores creen tenernos seguros...

LA MUERTA EN VIDA

PRIMERA PARTE

Continuación.

Cuanto más distantes vayan los campesinos unos de otros—se decía el marqués,—mayores probabilidades de salvación tendremos.

El marqués y Lázaro se detuvieron al llegar á los límites del soto; ante ellos se extendía una zona de corpulentos árboles, cuya cúspide coronaban pintorescas ruinas, á juzgar por los engañosos reflejos de la luna. Las tinieblas eran muy densas debajo de los árboles; á quinientos ó seiscientos pasos de los fugitivos divisábase el vacilante resplandor de muchas antorchas que iban avanzando, sin que se pudiera distinguir á los que las llevaban.

—Ya se acerca el momento decisivo—dijo el marqués á Lázaro en voz baja.—Esos ojeadores de nueva especie caminan á cincuenta pasos lo menos unos de otros; el humo de las antorchas debe cegarlos. Tal vez logremos pasar sin ser vistos. Pero ayudemos en lo posible á la casualidad; ocultémonos.

Un foso poco profundo, fácil de atravesar de un salto, separaba el soto del arbolado. Al borde del foso, muy cerca de los fugitivos, había un montón de ramas secas y hojarasca procedente de la poda de las hayas y encinas. Lázaro lo hizo notar á Saint-Maixent.

—Esto es lo que nos hacía falta—dijo el marqués con viveza.—No se extrañarán de ver algunas de estas ramas en el foso, porque puede haberlas arrojado el viento.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos hombres, con sus pistolas amartilladas y dispuestos á defenderse, desaparecieron en el foso y quedaron ocultos bajo el seco ramaje.

Transcurrió un cuarto de hora. A pesar de la lentitud de su marcha, los exploradores avanzaban; el ronco sonido de sus trompas atormentaba los oídos del marqués. Los aldeanos iban en grupos de á dos; el uno sacudía una antorcha, armado sólo con una horquilla ó con un palo; el otro empuñaba alguna arma vieja y pesada. Los dos que se dirigieron hacia los fugitivos, saltaron el foso á cuatro pasos de ellos, y siguieron adelante conversando entre sí. Ya empezaba á creerse libre Saint-Maixent, cuando el campesino que llevaba el mosquete se detuvo de pronto y dijo á su compañero:

—¡Eh, Maclou! Mira ese montón de ramas que dejamos ahí detrás; no me gustan esos escondrijos. Paréceme que lo mejor será registrarlas con los dientes de la horquilla, no sea que haya algo debajo.

—Pronto está hecho—repuso Maclou, que volvió sobre sus pasos, se detuvo en el borde del foso y blandió su horquilla á la manera de un ballenero que se dispone á lanzar el arpón.

Pero Saint-Maixent, levantándose de un salto, arrojó las ramas que no habían podido protegerle y disparó una de sus pistolas sobre Maclou, que cayó de bruces. Después, rápido como el pensamiento, y sin dar tiempo al otro aldeano para volver de su sorpresa, echó á correr, seguido de Lázaro, en dirección á la cúspide de la altura, cubierta de arbolado. El compañero del infortunado Maclou apuntó á toda prisa su mosquete é hizo fuego; pero su bala se perdió en el espacio. Entonces se puso á tocar su trompa desesperadamente, interrumpiéndose sólo para lanzar gritos de socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Las detonaciones y los gritos, que anunciaban la presencia de los que buscaban, ocasionaron una gran conmoción en los exploradores. Rompióse inmediatamente el círculo, y todas las antorchas se dirigieron hacia el punto en que yacía el cadáver. Muy luego se formó un gran grupo en torno del compañero de Maclou, que contó lo sucedido é indicó la dirección que habían tomado los fugitivos.

—¡Van á las ruinas de Aguila-Piedra!—dijo con aire de triunfo Medardo, que se encontraba en el número de los ojeadores y se distinguía entre los más ardientes y encarnizados.—¡Nuestros son! ¡no se nos escapan! Los conduciremos en triunfo á presencia del juez y al patíbulo, si no mueren esta noche en nuestras manos! ¡Ea, seguidme...! ¡A las ruinas de Aguila-Piedra!

—¡A las ruinas de Aguila-Piedra!—repitieron los labriegos, siguiendo valerosamente á su improvisado jefe.

XVIII

Bastante tiempo transcurrió desde el disparo del marqués hasta el instante en que los exploradores, obedeciendo al doble deseo de vengar á Maclou y de repartirse las 3.000 libras, se lanzaron en pos de los fugitivos. Así es que Saint-Maixent y Lázaro quedaron en extremo sorprendidos

cuando al mirar hacia atrás, después de algunos minutos de impetuosa carrera, para ver á qué distancia se encontraban de sus perseguidores, advirtieron que nadie los seguía.

—¡Calla!—exclamó Lázaro.—¿Qué hacen? ¡Nos sueltan cuando nos tenían casi cogidos! Aprovechemos su locura para tomar aliento.

—Al contrario, corramos sin detenernos—replicó el caballero.

—Un minuto nada más, señor marqués.

—Ni un minuto ni un segundo. ¿No comprendes que la persecución va á empezar de nuevo, más encarnizada que nunca?

—Les llevamos delantera.

—Pero es muy poca; por otra parte, nosotros somos dos y ellos son quinientos; nosotros estamos cansados, ellos vienen de refresco. Apresurémonos, pues, hasta llegar á aquellas ruinas ó rocas que se ven allá en lo alto.

En aquel mismo instante, y como para confirmar las palabras del marqués, resonó detrás de los fugitivos un inmenso clamoreo; los aldeanos, agitando sus antorchas, empezaron á trepar por los flancos del montecillo.

—¿Qué decía yo?—murmuró el caballero, esforzándose por acelerar su marcha.

Lázaro, aguijoneado por el miedo, siguió á su amo, y en pocos minutos llegaron los dos al recinto de las ruinas de Aguila-Piedra, antiguo castillo destruído dos siglos antes á consecuencia de un largo sitio que sostuvo su señor.

El interior de las ruinas presentaba un laberinto de escombros y matorrales tan complicado que, una vez dentro, era difícil encontrar la salida.

El marqués se detuvo al llegar allí.

—Los hombres que nos persiguen son verdaderamente unos estúpidos que no saben lo que se pescan—dijo.—Lo primero que debían haber procurado era impedirnos la entrada en este sitio. Ahora van á creer que no saldremos de aquí, y perderán un tiempo precioso en registrar los mil y un escondrijos que ofrecen estas ruinas.

—Sin duda alguna—balbució Lázaro.—¿Pero ¿no acabarán por encontrarnos al fin y al cabo?

—No, por cierto, porque estaremos ya muy lejos.

—Pues ¿qué vamos á hacer?

—Atravesar las ruinas y continuar nuestro camino por el otro lado.

Lázaro lanzó un profundo suspiro.

—Si no juzgas bueno mi plan—añadió el marqués,—no te impongo de modo alguno la obligación de seguirme: quédate ó haz lo que gustes.

—Adonde vaya el señor marqués, iré yo—añadió el criado.—Si me he permitido exhalar un suspiro, es por efecto del cansancio.

—¡Valor, pues, y adelante!

Los dos hombres prosiguieron su marcha y avanzaron por entre los escombros tan rápidamente como se lo permitían los innumerables obstáculos con que tropezaban en la obscuridad, y que los hacían vacilar á cada paso. Llegaron, por fin, al recinto posterior del castillo, y treparon por entre los macizos sillares de granito que formaban el lienzo de la muralla; pero, en el momento en que creían poder saltar al campo, se detuvieron despavoridos, lanzando un grito de horror.

Al otro lado de aquella muralla vieron los dos fugitivos un abismo terrible, vertiginoso, cuyas profundidades se perdían en la obscuridad.

—Desandemos lo andado—dijo el marqués con viveza,—y el diablo permita que aún sea tiempo de salir de este maldito castillo.

Pero era ya demasiado tarde. Saint-Maixent y Lázaro, al llegar al límite exterior, vieron la luz de las antorchas que enrojecía el cielo. Los campesinos rodeaban la parte accesible del castillo; eran tan numerosos, que formaban cuatro filas, una tras otra. Habían tenido, además, la precaución de colocarse á una respetuosa distancia del recinto, á fin de que no pudiera alcanzarse un pistoletazo disparado desde las ruinas.

—¡Esos miserables nos han cogido!—murmuró Saint-Maixent con rabia.—¡Ah! por algo nos dejaban venir sin perseguirnos. Demasiado sabían que, una vez aquí, no podríamos escapar. Ahora van á esperar á que llegue el día, y entonces vendrán á matarnos á palos y á tiros, á menos que prefieran prender fuego á las zarzas y asfixiarnos como á fieras.

Saint-Maixent inclinó la cabeza y se retorció las manos. La idea de que él, por su propia voluntad, había caído en la trampa, humillaba su orgullo y le llenaba de desesperación.

—¡Pues bien, que vengan!—exclamó súbitamente.—¡A alguno le costará la vida! Sígueme, Lázaro; busquemos un sitio en que atrincherarnos para resistir hasta el último suspiro.

Los dos se dirigieron de nuevo hacia el centro de las ruinas, y no tardaron en llegar al pie de la gran torre, cuya cima dominaba el espacio.

—Señor marqués—dijo Lázaro señalando el torreón,—el sitio parece bueno. ¿No podríamos meternos ahí dentro y hacer una barricada? ¡Es muy fácil!

—No está mal pensado—repuso Saint-Maixent;—pero la brecha es demasiado grande y nos costaría mucho el tapiarla.

—No tanto como se figura el señor marqués. El interior de la torre está lleno de piedras; no tenemos más que empujarlas ó ir las amontonando; en menos de una hora quedará impracticable la brecha.

—Bien, probemos.

Penetraron en la gran sala cuadrada de la torre: los materiales de toda especie acumulados en el suelo, no dejaban más espacio libre que un hueco circular, obstruído con zarzas y arbustos entrelazados.

Saint-Maixent se colocó cerca de la brecha para ir recibiendo las piedras y cascotes que Lázaro le alargaba y amontonarlos unos sobre otros hasta cerrar la abertura, para que costase mucha sangre á los sitiadores el tomar por asalto la barricada. Lázaro desplegaba una prodigiosa actividad, y el marqués, que se sentía más tranquilo desde que adquirió la certidumbre de no morir sin lucha y sin venganza, trabajaba también con ardor. La torre estaba tan obscura, que los fugitivos podían apenas distinguirse á cuatro pasos de distancia. De pronto, Saint-Maixent oyó un grito lastimero:

—¡A mí, señor marqués! ¡Socorredme, por favor! ¡En nombre del cielo, alargadme la mano! ¡Daos prisa...! ¡Me hundo...! ¡Desaparezco...!

El marqués corrió hacia el sitio de donde salía la voz, y que no era otro que el hueco circular, obstruído con multitud de plantas espinosas, de que

hemos hablado. Apenas Saint-Maixent llegó hasta allí, y no bien quiso alargar la mano al lacayo, el suelo faltó bajo sus pies; ramas y zarzas, no pudiendo resistir aquel nuevo peso, se doblegaron, enderezándose otra vez tan pronto como los dos hombres desaparecieron en el abismo que ocultaban.

XIX

En el momento en que las flexibles ramas de los arbustos cedieron, precipitando á los fugitivos en el vacío, una idea rápida y terrible cruzó por la mente del marqués.

—Nos hemos hundido en alguna cisterna—pensó.—¡Todo ha terminado! Dentro de pocos segundos habremos vuelto á la nada.

El lacayo, que era tan pícaro como su amo, pero no tan fuerte en escepticismo, gritó al caer:

—¡San Lázaro, patrón de mi alma, tened compasión de mí!

Sin embargo, el susto les duró muy poco; pues casi en el mismo instante en que se sintieron precipitados, cayeron de una altura de diez ó doce pies sobre un suelo húmedo y fangoso, sin hacerse daño alguno.

—¡Ah! ¡voto al diablo!—murmuró Lázaro.—¡De buena nos hemos escapado, señor marqués! ¡Feliz casualidad, á fe mía! Es de suponer que los canallas que nos persiguen no vendrán á buscarnos en este agujero.

—Así lo creo—repuso Saint-Maixent, palpando con las manos las paredes del pozo, perfectamente lisas y sin la menor aspereza en que poder apoyarse para intentar una ascensión.—Pero mucho temo que, en vez de mejorar, hayamos empeorado. Es cierto que nadie se acordará de nosotros en semejante sitio; pero, como no veo medio alguno de salir de aquí, moriremos miserablemente, y te confieso que no me fisonjea esa perspectiva. Hubiera preferido cien veces morir combatiendo y caer sobre un montón de cadáveres.

—Pero, entonces...—murmuró Lázaro, cuyos cabellos se erizaron de miedo,—entonces... ¿estamos enterrados vivos!

—Así parece.

—¿Y no nos queda ninguna esperanza?

—Mucho lo dudo.

—¿Cómo asegurarnos?

—¿Traes eslabón en el bolsillo?

—Sí, señor. ¿Qué debo hacer?

—Encender un poco de yesca.

Lázaro obedeció inmediatamente: mientras golpeaba el pedernal, su amo hizo tiras un pañuelo, lo retorció para que sirviera de pajuela, puso encima la yesca, en que acababa de prender una chispa, y produjo soplando una pequeña llama azulada. Aquella luz iluminó débilmente la supuesta cisterna y dejó ver á los fugitivos, casi al nivel del suelo, una abertura bastante ancha para dar paso á un hombre. Saint-Maixent introdujo su improvisada antorcha en el boquete, y su corazón palpó de júbilo al divisar los primeros peldaños de una escalera que bajaba hacia misteriosas profundidades.

—¡Tal vez hayamos tropezado con nuestra salvación!—exclamó.—Esta escalera conducirá probablemente á los subterráneos del castillo, y ¿quién sabe si en estas bóvedas descubriremos alguna salida desconocida?

—Si el señor marqués me lo permite pasaré yo primero para reconocer el camino—dijo Lázaro.

—Anda—replicó el marqués.

El criado no aguardó á que se lo repitieran. Introdujose inmediatamente en la abertura y se dió prisa á afirmar que la escalera, aunque estrecha, parecía tan sólida y bien conservada como si se acabase de construir.

Saint-Maixent siguió á su lacayo, y ambos, débilmente alumbrados por la tea, que se iba consumiendo sin despedir llama, empezaron á bajar.

¿Cuánto tiempo duró aquel descenso? Todo lo más un cuarto de hora; pero á los fugitivos les pareció interminable. Sucediáanse sin fin los peldaños húmedos y resbaladizos entre dos muros, por donde filtraba el agua; en tales circunstancias se pierde la noción del tiempo y de la distancia.

Felizmente para los dos fugitivos, cambió por último el aspecto del pasadizo. Estrecháronse más aún las paredes; la escalera terminó. Lázaro, que iba delante, se encontró en una especie de bóveda que terminaba en una pequeña gruta natural, cuya salida, angosta y muy baja, estaba totalmente obstruída por espesísimos zarzales. Para abrirse paso al través de aquella muralla de espinas, entrelazadas como serpientes, los dos hombres tuvieron que servirse de sus cuchillos, y aun así resultaron con las manos ensangrentadas y la ropa hecha jirones. Pero ¡ya estaban libres! ¡Libres, á cielo descubierta, en el fondo del valle y al pie de aquel enorme precipicio que tanto les había horrorizado desde la muralla!

Saint-Maixent se explicó fácilmente aquella evasión casi milagrosa.

Los antiguos señores del castillo habían hecho construir á peso de oro aquella prodigiosa escalera que perforaba de arriba abajo la montaña, como medio seguro de huida en el caso de que el castillo fuese tomado á viva fuerza.

La casualidad había mostrado á los dos fugitivos aquella misteriosa salida, que, olvidada durante largo tiempo, debía quizá permanecer eternamente desconocida.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó el marqués.—Nuestros perseguidores creen tenernos seguros y están muy convencidos de que no podremos salir de las ruinas á menos de tener alas para volar. Durante cuarenta y ocho horas lo menos no se apartarán de ese sitio, y, merced á su misma confianza, llegaremos en dos ó tres días, sin ser molestados, al castillo de Rahon.

—¡Quiera Dios que no os equivoquéis, mi buen señor!—murmuró Lázaro.—Pero ¿qué hubiera sido de nosotros si yo no hubiese cometido la feliz torpeza de dejarme caer en el agujero de allá arriba? No soy, por cierto, un santurrón, pero mandaría decir de buena gana una misa á San Lázaro, mi patrono.

El marqués se encogió de hombros desdenosamente, sin dignarse combatir lo que él llamaba ridículas preocupaciones de un espíritu apocado, y se contentó con exclamar:

—¡En marcha!

No seguiremos al marqués y á Lázaro en su peregrinación á través de los bosques y las montañas de la alta Auvernia.

Durante el viaje no ocurrió ninguna aventura extraordinaria, ningún nuevo peligro que merezca fijar la atención de nuestros lectores. Los dos fugitivos, evitando cuidadosamente las carreteras y lugares frecuentados, hicieron todo el viaje por desusadas sendas, donde apenas encontraron gente.

El pan y el trozo de asado que Lázaro llevaba bastaron para su alimento, y multitud de arroyos apagaron su sed.

Pasaron, sin atravesarla, la aldea de Mauriac, y la tarde del segundo día, en el momento en que el sol poniente iluminaba el horizonte, llegaron á la cumbre de una eminencia desde donde la vista abarcaba un gran espacio. Enfrente de ellos, al otro lado de una verde cañada, en la que se veía un pequeño lago rodeado de álamos, se elevaba un palacio de aspecto señorial. Una gran alameda de gigantescos castaños conducía á un vasto edificio, en cuya construcción alternaba la piedra de sillaría con ladrillos encarnados. Cuatro ligeras y elegantes torrecillas flanqueaban los cuatro ángulos del edificio. Aquella masa arquitectónica, noble y graciosa á la par, se reflejaba en la tersa superficie de un estanque. En torno del castillo se extendía una inmensa arboleda, ó, mejor dicho, un bosque espaciosísimo, cercado de fosos y de tapias.

—¡Voto al diablo!—exclamó Lázaro extasiado;—esa residencia debe pertenecer, por lo menos á algún príncipe. El rey nuestro señor podría alojarse aquí sin echar de menos el Louvre.

No lejos de nuestros fugitivos estaba un pastorcillo, de mirada melancólica, guardando unas cabras. El marqués le hizo seña de que se aproximara y el chico se acercó lentamente.

—¿De quién es ese castillo, muchacho?—le preguntó Saint-Maixent.

—Pertenece á mi señor, un buen señor, el conde de Rahon, que Dios guarde—repuso el pastorcillo.

El marqués lanzó una exclamación de júbilo, pues veía ya conseguido el fin que con tanto trabajo y tanta exposición se había propuesto alcanzar.

—¿Está el señor conde en el castillo?

—¡Vaya! Y también la señora condesa, una señora muy buena y muy caritativa. La semana pasada nos ha dado á mí y á mis tres hermanitos vestidos nuevos para los días de fiesta, sin contar el dinero que ha dado á mi madre

Saint-Maixent puso en la mano del muchacho una moneda de plata, y dijo á Lázaro:

—¡Vamos!

Los dos hombres descendieron juntos la suave pendiente de la colina, y emplearon cerca de media hora en llegar á la gran alameda de castaños y atravesarla en toda su longitud.

Los detuvo una verja monumental, terminada en un escudo con las armas de Rahon y la corona de nueve perlas.

Enfrente se levantaba el palacio con su majestuosa arquitectura.

El sol había desaparecido ya; empezaba el crepúsculo.

XX

A derecha é izquierda de la verja, entre grupos de hermosos tilos, se veían dos graciosos pabellones de piedra, con techos de pizarra y grandes ventanas. En uno de aquellos pabellones habitaba el portero, y el otro servía de vivienda á un guardabosque exclusivamente dedicado á la vigilancia del parque.

Saint-Maixent agarró la cadena de hierro que colgaba á lo largo de una de las pilastras de la verja y la agitó fuertemente, haciendo resonar una campana de grandes dimensiones. Aquel modo de llamar anunciaba, á juicio del portero, un personaje de alta categoría; así es que el susodicho funcionario bajó á toda prisa los tres escalones de la puerta de su pabellón, y se dirigió á grandes pasos hacia la verja. ¡Júzguese cuál sería su asombro y su indignación cuando, á la incierta claridad del crepúsculo, advirtió que los recién llegados no ceñían la espada de caballeros; que venían empolvados, sucios, con la barba y los cabellos en desorden y malísimamente vestidos! Con traza tan miserable, tenían que ser forzosamente aventureros, vagabundos, mendigos, tal vez ladrones, y en todo caso dignos sólo de desprecio... El portero tomó un aire majestuoso, y lanzando á los intrusos miradas furibundas, les dijo con acento irritado y despreciativo:

—¡Tunantes!, ¿cómo tenéis la osadía de armar tanto estrépito á la puerta de este palacio? ¡En verdad que no sé cómo me contengo y no llamo á los criados para que os administrén una buena paliza y os suelten los perros!

—¡Este hombre está loco!—se dijo Lázaro escandalizado.

Saint-Maixent miraba las cosas por su lado cómico, y á duras penas podía contener la risa.

—¡Ea, vamos!, ¿qué queréis?—prosiguió el portero con creciente insolencia;—os aconsejo que respondáis pronto, porque no tengo tiempo que perder y os dejaré plantados si no os explicáis inmediatamente.

—Quiero ver al señor conde—repuso Saint-Maixent con acento tranquilo.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—exclamó el portero poniéndose las manos en las caderas y soltando una homérica carcajada que conmovió á toda su formidable persona;—¿conque queréis ver al señor conde, así, sin más ni más? ¿Os figuráis, por ventura, que su excelencia recibe al primer pelagatos que se presenta? Pues que se os quite de la cabeza; si esperáis una limosna, no os andéis con rodéos, decidlo, y veré lo que se puede hacer por vosotros.

El marqués no tenía ya ganas de reír; empezaba á sentirse irritado, aunque tenía empeño en dominarse y permanecer tranquilo.

—¡Basta ya de impertinencias!—dijo con tono imperioso, en que se descubría su elevada clase, á pesar de su miserable aspecto.—¡Tened la lengua y haced que avisen al conde de Rahon que su primo el marqués de Saint-Maixent desea verle en el acto!

El portero se quedó estupefacto y atontado. Cuando volvió en sí, su fisonomía, sus gestos, su actitud y su voz sufrieron una total metamorfosis, sucediendo á la más descarada altanería el más bajo servilismo.

—¡Ah, señor marqués!—balbució;—soy un borrico, un zopenco indig-

no de vuestra cólera! Yo le aseguro al señor marqués que si hubiese sabido su nombre...

—No me hubieras amenazado con una paliza, ¿no es esto?—dijo Saint-Maixent interrumpiéndole.—¡Canalla! Concluyamos: haced de modo que no tenga que aguardar mucho rato, y así os perdonaré vuestra incalificable conducta.

El portero introdujo con mano trémula una pesada llave en la maciza cerradura de la verja, que se abrió. El marqués y Lázaro se encontraron por fin en el inviolable recinto de las posesiones del conde. Sólo faltaba conseguir una buena acogida y conservar el puesto, una vez conquistado; pero nuestro héroe tenía ciega confianza en su buena estrella, que le había conducido hasta allí, salvando dificultades en que hubiera sucumbido cualquier otro; contaba además con el poder de seducción, ó mejor dicho, de fascinación, de que estaba dotado.

La noche había cerrado completamente cuando el portero introdujo al marqués y á Lázaro en la gran plaza á que daba frente el castillo, hacia el cual se dirigió en seguida á la carrera. Al cabo de algunos minutos se vieron pasar muchas luces por detrás de las ventanas del piso bajo. Multitud de lacayos, vestidos con la brillante librea de Rahon (cuyos colores eran negro, encarnado y oro), aparecieron con antorchas en lo alto de la escalinata que conducía á la entrada principal, y un ayuda de cámara vestido de negro salió al encuentro del marqués, y haciéndole una profunda reverencia, le dijo:

—Si el señor marqués lo consiente, tendré el honor de conducirle á las habitaciones del señor conde.

—Soy con vos—repuso Saint-Maixent.—Pero ante todo os recomiendo mi criado...—añadió señalando á Lázaro.—El pobre diablo ha escapado conmigo de entre las manos de unos salteadores que intentaban exigir por nuestra libertad un grueso rescate. Hemos sostenido rudas peleas, y llevamos tres días de marcha; así, pues, necesita alimento y reposo.

—Descuide el señor marqués: nada le faltará; yo me encargo de él.

Saint-Maixent hizo una seña á Lázaro para recomendarle la prudencia en sus palabras y en sus acciones, y en seguida se dirigió hacia la puerta principal, precedido por el ayuda de cámara. Los lacayos, que habían acudido con luces, formaban dos filas en un vestíbulo grande y sonoro como la nave de una iglesia.

Al pasar el marqués, todos ellos se inclinaron respetuosamente. Bastaba que el huésped del castillo fuese noble y pariente de su señor para que no reparasen siquiera en su extraño aspecto.

El ayuda de cámara condujo á Saint-Maixent á través de un salón, y abrió la puerta de una pieza más reducida, donde el conde de Rahon se hallaba de pie é inmóvil, apoyándose contra el mármol de una gran chimenea.

—¡El señor marqués de Saint-Maixent!—anunció el criado, que se retiró inmediatamente, cerrando la puerta.

Por lo que llevamos dicho en los capítulos anteriores acerca del carácter de nuestro héroe, habrá comprendido el lector que aquél no era susceptible de experimentar emociones muy vivas. Sin embargo, sintió latir su corazón con violencia en el momento en que se encontró frente á frente con su primo, cuya protección constituía su única esperanza para el porvenir. La actitud severa y preocupada del conde de Rahon, su silencio y su misma inmovilidad no eran signos de muy buen agüero. El marqués tuvo algunos segundos de verdadera angustia: se estremeció con la sola idea de que le fuese rehusada aquella hospitalidad que hasta entonces había creído segura y que tan necesaria le era.

Creemos inútil añadir que el semblante del marqués no traslucía nada de lo que pasaba en su interior; antes por el contrario, dominando su emoción con su acostumbrada falsedad, llamó á sus labios una sonrisa y se dirigió hacia el conde alargándole la mano.

El señor de Rahon adelantó dos pasos lenta y solemnemente; su rostro permaneció frío é impassible; su mirada era firme y penetrante, y su mano no se levantó para estrechar la que el marqués le tendía.

—¡Diablo! ¡Diablo!—pensó este último.—Decididamente esto va mal.

—Pongo á Dios por testigo, primo mío, de que quisiera daros la bienvenida—dijo el conde de Rahon con voz grave.

—Señor conde—exclamó Saint-Maixent con altivez,—vuestro río recibimiento parece indicarme que estoy demás aquí. Decid una sola palabra en ese sentido y al punto quedaréis libre de mi presencia.

—No, primo; no la diré, porque mentiría, y yo no acostumbro á mentir—replicó el conde.—Vos mejor que nadie deberíais recibir franca y cordial hospitalidad en el castillo de mis mayores... Quizá todavía pueda ofrecerosla... así al menos lo espero... lo deseo vivamente... Pero las circunstancias especiales y funestas en que os halláis colocado hacen necesaria, indispensable, una explicación entre nosotros. Necesito que me ayudéis á explorar las tinieblas que os rodean; necesito que me descubráis con lealtad y franqueza vuestra alma y los misterios de vuestra vida: entonces tal vez me sea posible estrechar vuestra mano y deciros con el corazón lleno de júbilo: ¡Bien venido seáis, primo mío! ¡Esta es vuestra casa: podéis disponer de ella...!

Saint-Maixent respiró.

Había temido ser despedido inmediatamente y sin apelación, en cuyo caso toda su habilidad, todos los recursos de su ingenio y de su artificiosa hipocresía no hubieran bastado para impedir el aniquilamiento definitivo de sus esperanzas.

—Señor conde—exclamó,—mi propósito es y ha sido siempre daros desde luego las explicaciones que solicitáis y que tanto importan á mi honor... Sois mi primo, sois el jefe de la familia; vuestro corazón y vuestra inteligencia están á la altura de vuestro insigne linaje y de la gran posición que ocupáis. Os tomo por juez de mis acciones... Interrogad cuanto gustéis, seguro de que os responderé como respondería á Dios en la hora de la muerte.

XXI

El conde Annibal-Armando de Rahon, lugarteniente general de los ejércitos del Rey, era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, de fisonomía noble y simpática, de mirada franca y abierta, respi-

rando, en fin, distinción y buen tono en sus modales, pero de aspecto un tanto débil y enfermizo. En el momento en que le presentamos al lector, conservaba todavía sobrados atractivos para agradar á las damas, si el amor profundo y verdadero que sentía por su esposa la condesa le hubiera permitido entregarse á galanteos.

Acostumbrado á vivir casi siempre en la corte, conservaba en su castillo, en el fondo de una provincia, el mismo fausto, los mismos trajes y hasta la misma etiqueta que en París. Su casa estaba montada bajo un pie de extraordinaria ostentación; las libreas, los trenes, la servidumbre, todo allí era regío. Por otra parte, su generosidad y sus buenas obras, proporcionadas á su gran opulencia, le captaban el amor de sus servidores y de todos los habitantes de sus vastos dominios.

En toda la Auvernia era proverbial su reputación de hombre bondadoso y caritativo hasta la prodigalidad.

El señor de Rahon vestía aquella noche un traje que no era indigno del Rey; sobre los magníficos bordados y alamares de oro ostentaba el gran cordón de la nobilísima orden del Espíritu Santo, signo de distinción casi regia.

—Interrogadme, señor conde—había dicho Saint-Maixent,—seguro de que os responderé como respondería á Dios en la hora de la muerte.

Annibal de Rahon, satisfecho de aquella exclamación, que juzgó producida por un arranque espontáneo, hizo con la cabeza un signo de aprobación. Durante algunos segundos examinó atentamente al marqués: en las desfiguradas facciones de su rostro y en su actitud penosa y abatida creyó advertir síntomas de una postración absoluta.

Tuvo lástima.

—Primo mío—dijo con viveza,—no quiera Dios que ciertos escrúpulos, que os parecen tan legítimos como á mí, me cieguen hasta el punto de trataros como enemigo. Aplacemos estas explicaciones, que se prolongarán más de lo que permiten vuestras fuerzas... Creo que estáis cansado... tal vez tenéis hambre...

—No os equivocáis, señor conde—replicó el marqués, revistiéndose de suprema dignidad;—sí, estoy cansado, tengo hambre, pues llevo tres días y tres noches de marcha sin dormir y casi sin comer; pero ¿qué importa? Puedo esperar para satisfacer las necesidades del cuerpo, pero no admito demora cuando se trata de cicatrizar las heridas que afectan á mi honor. No aceptaré ni una gota de agua en vuestra casa antes de haberme justificado á vuestros ojos.

—Sea; pero, al menos, tomad asiento.

Saint-Maixent se dejó caer en un sillón que le presentó su primo. Su palidez y la alteración de sus facciones eran tales que parecía próximo á desmayarse.

—Permitidme que os sirva un cordial—dijo el conde sin poder disimular su emoción.

—No aceptaré nada—repitió el marqués con voz firme.—Mientras no veáis en mí más que al hombre acusado y perseguido, al miserable que deshonra vuestra familia, rehusaré vuestros favores y vuestra hospitalidad. Interrogadme, pues, señor conde, interrogadme sin tardanza.

—Hágase vuestra voluntad, primo mío—dijo Annibal,—no insistiré: os comprendo; también yo estoy ansioso de veros justificado. Me conocéis desde la infancia—prosiguió al cabo de un momento.—No ignoráis el cariño que siempre os he profesado, y sabéis también cuánta influencia ejerce en mi corazón el sentimiento de la familia. Creo en la solidaridad de los vástagos de una misma estirpe, y me intereso por el honor de todos mis parientes como por el mío propio. Juzgad, pues, lo que yo habré sufrido cuando supe por la voz pública que uno de los míos, el último representante de la noble casa de los Saint-Maixent, se hallaba bajo el peso de una acusación infame, y que su libertad y su vida estaban amenazadas. Quise dudar; resolví tomar informes de autorizado origen. Me hallaba entonces en París; fui á ver al lugarteniente de Policía, suplicándole que me tranquilizase. Respondióme que le era imposible, pues, por desgracia, la voz pública no menta; añadió que el marqués de Saint-Maixent había desaparecido, y que, por consideración á mí, puesto que ese caballero pertenecía á mi familia, daría orden á sus agentes de que le buscasen de modo que no le encontrarán. «Se le olvidará, si se deja olvidar», fueron sus últimas palabras.

Transcurrieron algunas semanas; abandoné á París para venir á establecerme en este castillo, y otra vez vino vuestro nombre á despertar mi zozobra y á causarme pesares. Anunciáronme que os hallabais también en la Auvernia, y que vuestros crímenes tenían horrorizada á toda la provincia. Robos, asesinatos, emisión de moneda falsa, sacrilegios; de todo esto se os acusaba, y la voz pública, que suele ser la voz de Dios, os designaba como un terrible enemigo, como un monstruo de la Naturaleza, á quien era preciso perseguir y acosar sin descanso.

Tal era la situación de mi espíritu cuando, hace poco, vino un criado á anunciarme que estabais aquí, que queríais verme, y al oír tan de improviso vuestro nombre, he creído percibir á lo lejos el toque de rebato.

Ya lo sabéis todo, primo mío; os he dicho la verdad sin vacilaciones ni rodeos; he querido descubrirlos de una vez las liagas de mi corazón. Ahora, hablad. Conocéis las acusaciones; espero la defensa.

El conde de Rahon guardó silencio y tomó una actitud expectante.

Saint-Maixent le había escuchado con tristeza, pero sin dejarse abatir, y á veces se había desprendido de sus párpados una lágrima falaz. Aquel hombre tenía el don de las lágrimas, Poseía de un modo inimitable la astucia, la audacia y el descaro, que hacen del hipócrita el más repugnante de los criminales.

—Armas de valor, señor conde—dijo después de una breve pausa;—si mi justificación ha de ser completa, necesitaré hablar durante mucho tiempo. ¿Podréis sufrir un relato tan largo?

—Aunque empleéis toda la noche, no se amortiguará un punto mi atención. Sólo temo una cosa.

—¿Cuál?

—Que os falten las fuerzas.

—¡Oh! tranquilizaos; me quedan aún las suficientes para llegar hasta el fin. Muerto y todo, se reanimaría mi cadáver para proclamar y probaros mi inocencia.

Necesito tomar las cosas desde muy lejos, pues en este misero mundo nos hechos enlazan con otros.

A la muerte de mi padre, que esté en gloria, me encontré joven y dueño absoluto de una herencia que yo creía inagotable. Estaba hambriento de placeres y prodigué el oro á manos llenas. En las mesas de juego ganaba muy rara vez, y las fáciles Danaes de París me proclamaban el Júpiter más generoso de cuantos bajan al mundo en forma de lluvia de doblones.

Unid á esto los trajes suntuosos, un tren magnífico y todos los gastos de un noble que quiere conservar su rango y el brillo de su casa, y comprenderéis que, no bastando mis rentas para sostener aquella vida, hube de acudir á mi capital.

Transcurrieron dos ó tres años, y en ese corto intervalo quedó reducida á casi nada mi cuantiosa fortuna.

Confieso que esto me preocupaba muy poco, y si alguna vez, por excepción, me ocurría pensar en el porvenir, decíame siempre que un nombre como el mío valía tanto como una fortuna, y que, así que me viese completamente arruinado, os sería fácil obtener para mí del rey, que os tiene en mucho, el mando de un regimiento ó algún cargo honorífico en la corte, y que mi matrimonio con alguna rica heredera repararía lo que yo había derrochado.

En medio del desorden de aquella vida, contaba yo con muchos amigos; pero creía no tener más que un enemigo.

Este tal (sobrino de David Herard, el célebre y opulento judío) era un joven de clase baja; mas su fortuna propia y, sobre todo, la de su tío, le permitían alternar con las personas de elevado rango en ciertos sitios donde no se necesita exhibir títulos de nobleza; hablo de las casas de juego y los salones de las cortesanas. Samuel (pues éste era su nombre, aunque había renunciado á la religión hebrea) era mi rival en todo, pero rival poco afortunado. En el juego, perdía siempre que jugaba en contra mía, á pesar de que la suerte no acostumbraba á serme favorable; en amores, ó mejor dicho, en cuestión de galanteo, le pasaba exactamente lo mismo; las mujeres me favorecían con marcada preferencia.

Aquel hombre tenía un carácter mezquino y rencoroso y un orgullo insufrible.

Las pequeñas contrariedades que yo le ocasionaba las sentía como si fuesen las mayores ofensas, y ansiaba encontrar una oportunidad para reñir conmigo; pero como ya no le daba el más leve pretexto, y como, por otra parte, temía el ridículo, no estando muy seguro de que el marqués de Saint-Maixent aceptase el honor un tanto dudoso de cruzar su espada con la de un plebeyo millonario y sobrino de un alcabalero enriquecido á fuerza de rapiñas, se calló discretamente, contentándose con guardar su rabia en el pecho, como las víboras su veneno.

No tardó, sin embargo, en presentarse la ocasión, tan funesta para él como para mí, en que estalló al fin libremente aquel odio durante largo tiempo comprimido.

XXII

Hará cosa de cuatro meses, salía yo á las tres de la madrugada de una casa de juego de la calle de Saint-Honoré.

Aquella noche había empezado por perder grandes cantidades; pero en el momento en que yo dejaba el juego se presentó Samuel Herard, y al punto cambié de suerte; gracias á él, que, según os he dicho, no perdonaba ocasión alguna de hacerme la contra, pude reparar mis pérdidas y llené mis bolsillos con el dinero salido de los suyos.

En resumen: cuando me levanté para marcharme, el total de mis ganancias ascendía á unas 25.000 libras.

Apenas hube puesto el pie en la calle, acompañado de mi lacayo, advertí que Samuel Herard me había seguido y se encontraba á dos pasos de mí.

—Señor mío—le dije cortésmente,—mucho me pesa haberos despojado de este modo. A fe de quien soy, lo siento en el alma; pero ¿qué diablo! no tengo yo la culpa. ¿Por qué esa extraña manía de hacerme la contra? Habéis tenido sobradas ocasiones de advertir que la suerte me favorece contra vos.

—¿Qué es lo que os favorece contra mí, señor marqués, la suerte ó la habilidad?—repuso Samuel con un acento tan brusco é irónico, que me pareció ocultar una insolencia.

No llegué, sin embargo, á figurarme el verdadero sentido de aquel insulto. Hay acusaciones tan descabelladas, tan absurdas, tan imprevistas, que para comprenderlas, hay que oírlas dos veces. Esto, no obstante, me puso sobre aviso, y supliqué á mi adversario que explicase en el acto el sentido de sus palabras.

—¿Para qué? Me habéis comprendido perfectamente—repuso con redoblada impertinencia.—Sin embargo, puesto que os empeñáis, hablaré más claro. Dicen que la fortuna es ciega; pero no lo es para vos, que tenéis la rara habilidad de arrancarle la venda. La suerte os favorece, gracias á la gran perfección con que manejaís una baraja de cartas marcadas; en una palabra, no me habéis ganado mi dinero, me lo habéis robado. ¿Me comprendéis ahora, señor marqués, ú os queda aún alguna duda acerca de mis palabras?

Apenas acabó Samuel, cuando, sintiéndome poseído de uno de esos arrebatos de cólera que le hacen á uno perder la cabeza, me precipité sobre él y le abofeteé. En el mismo instante, mi enemigo retrocedió dos ó tres pasos, y, desenvainando su espada, reveló todo el odio que me tenía, diciendo:

—¡Ah! Por fin voy á mataros.

Y, sin dar tiempo á que yo me pusiese en guardia, me atacó villana y cobardemente. Por fortuna, el acero dirigido contra mi pecho encontró una bolsa llena de oro y resbaló sin herirme. A mi vez saqué la espada y dije á mi adversario:

—Sois un miserable digno de mi desprecio; acabáis de probármelo: primero, con vuestro villano insulto, y ahora, con esta tentativa de asesinato. Acepto, sin embargo, un duelo con vos, aunque me degrade, y os propongo que lo aplacemos hasta mañana, pues aquí no tenemos testigos, y si uno sucumbe podrá decirse que el otro le ha asesinado.

Continuará.